

¿Por qué? ¿Por qué nunca tratasteis el limpio y puro tema de la muerte? ¿No será que en el fondo adivinabais la inutilidad de la sabiduría para aclarar ese misterio de misterios?. Admitid la trivialidad de todas las otras cosas que sabéis...

Marco Aurelio

I

En aquel momento estaba seguro de muy pocas cosas. Una de las pocas certezas que tenía, por lo obvio, es que no me encontraba en el escenario que siempre había imaginado para tan trascendental encuentro. A decir verdad, ya que el que está para morir siempre suele decir verdades, estaba convencido de que ni al más mediocre de los decoradores del cine negro, en medio de la más penosa sequía creativa se le hubiera podido ocurrir un decorado más tópico. El cuerpo, abandonado más que relajado, en el sillón, los brazos inertes a ambos lados, las venas de las manos hinchadas por la inmovilidad, los ojos perdidos en los brillos del vaso encima de la mesa, con el hielo se había desvanecido ya hacía tiempo... y el calor, un calor sofocante preludio de la tormenta que se anunciaba con enorme despliegue propagandístico de truenos y relámpagos más allá de la ventana. Sólo la luz de un flexo miserable incluía en mi mundo de percepciones más inmediato un

círculo limitado de objetos. Sólo faltaba un letrero de neón parpadeando a través de la ventana y un matón con sombrero negro, asomándose por una puerta con un letrero leído al revés, apuntándome con un arma escondida en el bolsillo de la gabardina.

No era desde luego, el escenario idóneo. Y posiblemente tampoco era el momento idóneo, aunque de esto último quizás sí tuviera yo la culpa. Porque no podría asegurar que mi visitante se había presentado sin ser llamada.

-¿No vas a ofrecerme ni siquiera una copa?

-Al final te quedarás con todo.

-Cierto.

Más allá de los objetos iluminados que constituían mi consciencia más tangible se alzaba su figura vestida de negro. Si existe realmente la perfección en la belleza femenina esa perfección era sin duda su rostro. Un óvalo inigualable, suave, preciso, dividido con absoluta simetría por una nariz recta y unos labios carnosos como una granada, un rostro que me miraba con una expresión indefinible, que tanto podía ser de ternura como de amenaza. Pero por encima de todo no podía escapar de sus ojos. De sus profundos ojos negros. Tentado estaría de compararlos con dos cielos nocturnos en los que titilaban innumerables estrellas... a no ser porque aquellos ojos, por encima de todo, me parecían llenos. Llenos de una sabiduría, de un amor, de una justicia y de una clemencia que en circunstancias normales hubieran debido provocarme pavor... pero las circunstancias distaban mucho de ser normales.

-¿Tampoco vas a invitarme a sentarme?

-Estás en tu casa... ¿cómo debería llamarte? ¿Nos ponemos clásicos y eufemísticos y te llamo Thanatos,... o tiramos por la calle de en medio y te llamo directamente Muerte?

Confieso que en aquel momento esperé alguna reacción en aquel rostro perfecto, algo que quizás me desmintiera que se trataba de quien yo sabía que se trataba. Esa reacción no se produjo.

-Siempre te gustó ser melodramático. Y teatral. Muerte es sólo una palabra. Y tú sabes quién soy. ¿Esperabas acaso que me sorprendiera por tu perspicacia? ¿O tal vez que dijera, como tus contertulios habituales, “huy por Dios, no hables de ese tema”? ¿Realmente creías que ibas a impresionarme? Sí: realmente creías que ibas a impresionarme.

Su rostro era deliciosamente bello. Si debemos hacer caso de la existencia de los arquetipos ideales de Platón el correspondiente a la serena belleza debía ser muy similar a la cara que me miraba desde el otro lado de la habitación. Y sin embargo...

Sin embargo la rotundidad de su cuerpo de mujer, la generosa turgencia de sus pechos, pavoneándose en cada respiración, la curva llena de sus caderas adivinándose bajo el vestido, el cuello bellísimo que invitaba más a la lujuria que a la ternura, el conjunto, en definitiva, de una carnalidad por encima de toda duda y a la altura del deseo más descabellado, la alejaban definitivamente de aquellos ideales platónicos acercándola peligrosamente al mundo de la carne. No era solo apetecible desde lo ideal y desde lo intelectual. Era, por encima de todo eso, físicamente deseable, carnalmente irrechazable.

Y no tenía que hacer nada para potenciar hasta el infinito esa atracción. Su vestido negro no resaltaba ni escondía nada. Sus movimientos eran

pausados, con la elegancia que da la costumbre. Tan naturales como meditados. Una coreografía repetida una y otra y otra vez. Su expresión, serena. Su atractivo, irresistible.

-¿Acaso esperabas que te engañara? ¿Qué te contara que sólo soy una visitante que viene a confortarte, a proporcionarte el sueño y el descanso? ¿Qué soy la dama blanca que viene a llevarte a la isla neblinosa de Avalon para curarte de tus heridas, viejo guerrero?

-Hubiera sido un detalle.

No podía dejar de mirarla. Sus ojos parecían devolverme a un lugar que yo ya conocía pero cuya existencia había olvidado. Más allá del dolor, más allá del miedo, más allá de la vida, es cierto. Pero también más allá de la inquietud, de la desazón, del espanto...

-Me deseas.

Con todo mi cuerpo y con toda mi alma. La deseaba y precisamente por ello no podía afirmar que así fuese.

-No sé por qué tengo la sensación de que conoces la respuesta... de que conoces todas las respuestas.

-Sé lo que tú sabes. Al fin y al cabo soy tu muerte.

-Te imaginé distinta. Ciertamente no eres como me habían contado, ni como había leído. ¡Oh Dios! ¡Ni en el más absurdo de los delirios podría imaginar que la muerte tuviera tu aspecto!

Y en ese momento, justo cuando esperaba una sonrisa fanfarrona, sutil pero reveladora, los bellísimos labios de mi visitante dibujaron una triste expresión.

-No soy la Muerte. Soy tu muerte. No sería tan bella si no me desearas tanto...

De alguna manera yo sabía que me iba a contestar de esa forma. De alguna manera ninguno de los acontecimientos de aquella noche extraña me extrañaban lo más mínimo. Parecíamos representar un guión

-... que te has aprendido a la perfección

-¿Estás seguro de que hemos aprendido los dos ese guión? ¿No será tal vez...

...que mi último capítulo se iba escribiendo sobre la marcha? Sí, sin duda.

-No hay guión... ni argumento... tengo la soga en el cuello...

-...y alguien a quien yo no veo grita ¡acción! Una buena canción. Muy apropiada sin duda. Siempre te gustaron las citas. ¿Quizás una manera de presumir, incluso de jactarse, de ser culto...?

Eso dolió. Dolió mucho. No esperaba yo en semejante trance tener que dar cuentas de lo hecho y deshecho a quien a fin de cuentas habría de convertirme en polvo.

-Eres cruel...

-Puedo serlo mucho más. Y lo seré. La noche es joven... y será larga. Relájate. Relájate pero contesta. Esa manía de citar autoridades ¿no era una forma de reafirmación de lo que sabías? ¿No era una forma de reafirmación de lo que los otros no sabían? ¿No te sentías acaso medio metro por encima del común de los mortales cuando comenzabas una frase con un “como decía fulanito”...?

Sus ojos penetraban mi carne como el escalpelo de un cirujano. Era un confesor al que parecía tarea inútil ocultarle nuestros pecados, porque buceaba hasta el más oscuro confín de nuestra alma y de allí los arrancaba sin delicadeza para exponerlos a la vergüenza pública y con ellos a nosotros mismos.

Y por primera vez en mucho tiempo sentí miedo. Quizás en la fábula de mi vida no todos los renglones habían sido escritos con la buena letra que yo creía. Y en ese momento descubrí que estaba pasando por mi Juicio Final. Estaba arreglando cuentas con la Vida antes de cortejar a la Muerte...

-Fue por cobardía...

Las palabras tardaron siglos en salir. Cuando finalmente las oí me sonaron como si otra persona muy distinta a mí las hubiera pronunciado. Como si las nubes de tormenta que parecían acercarse cada vez más las hubieran traído de algún rincón ignoto de mi propia mente...

Y los ojos se hicieron agua. Y me sentí estúpido, creyendo quizás que una lágrima podría borrar la culpa que, ahora sí, me atenazaba el alma.... Y cometí un nuevo error. En medio de la angustia alargué la mano hasta el vaso y lo apuré sin dejar cortinas. Y a esas alturas debería haber sabido que los mejores años de aquella copa había pasado hace tiempo. El último trago me hizo sentir al menos lo suficientemente ridículo como para que las lágrimas desaparecieran...

-¡Dios! ¿Es que ni siquiera voy a ser capaz de emborracharme dignamente?

Golpeé con una rabia teatral el vaso contra la mesa. Y volví a sentirme ridículo. La miré. Me miraba a través del cerco negrísimo de sus pestañas. Siempre tranquila, siempre inquietante, a la misma distancia de Dios y de Satanás...

-Lo siento. Ya sabes, soy algo histriónico.

-No importa. Yo no te juzgo. Tú eres tu juez. Y por lo que veo no estás muy dispuesto a ser clemente.

-¿Merezco acaso esa clemencia?

-¿Crees que la mereces?

-¿Y quién la merece?

-¿Quién tendría que seleccionar a esos merecedores?

-Oye, ¿tú por casualidad no serás gallega, verdad?

-Siempre teatral, incluso en el sarcasmo. Obviamente esperas que te pregunte el porqué de esa salida tan estúpida para poder contestarme que siempre te respondo con preguntas.

Es difícil jugar al ajedrez contra un contrincante que sabe de antemano qué peón vas a mover. Lo peor del caso no era el corte que acababa de pegarme. Lo peor era la cara de imbécil que, en tan señalada ocasión, yo lucía, sin duda alguna como la mejor de las pruebas de que la cara es el espejo del alma...y la teatralidad y el histrionismo, y el pensar qué hubiera respondido Rett Buttler en ese momento de encontrarse en mi lugar optaron por hacer un poco discreto mutis por el foro, dejándome completamente sólo con mi ridiculez.

-De verdad que lo siento.

-De verdad que no importa.

Ahora sí me pareció ver un levísimo gesto de aprobación. Y algo que en otras circunstancias hubiera quizás calificado de cierto sentimiento tranquilizador vino a visitarme.

-Creí que la Muerte me traería algunas respuestas.

-Te equivocaste. La Muerte es la gran pregunta. Para algunos, tal vez, la gran solución. Pero no la respuesta. Conmigo sólo tendrás lo que tú mismo traigas. Sólo puedo plantearte las mismas cuestiones que tú te planteas. Es posible que no las reconozcas como propias, es probable, incluso, que algunas de las contestaciones, que no respuestas, que te ofrezca te sorprendan. Pero son

tuyas. Tan tuyas como yo lo seré en su momento. Será como ver un cuadro que tú has pintado sin saber que lo has hecho...

-“Nada aprovecharía tanto a un artista como ver su obra sin saber que es suya”.

-Presiento que será una noche llena de citas...

-No lo presientes...lo sabes.

-Cierto.

Llevaba un rato recogiendo los libros de encima de la mesa, intentando recordar en qué lugar de la estantería deberían estar, si no ordenados al menos almacenados. Aquellos que no podían entrar de ninguna de las maneras acabaron apilados sobre las sillas. Eso sí, rectamente apilados, intentando dar, algo es algo, una apariencia de orden. Y a la misma tarea me apliqué con el vaso, con la botella, limpiando con la palma de la mano el cerco que el líquido había dejado en la mesa repetidas veces, marcando de manera sucesiva cada vaso acabado y vuelto a llenar...

-¿Arreglando el decorado?

Algunas veces uno intenta que sus maniobras más obvias puedan pasar inadvertidas. O al menos que su interlocutor sea lo suficientemente caballeroso como para no hacerle saber a uno que por más intentos que haga para disimular, el disimulo no es posible.

Me volví girando sobre mis talones. Obviamente de forma muy teatral, previendo el movimiento, el tono de voz, las palabras...hasta la expresión de mi cara. Pero al volverme volví a vaciarme en aquellos ojos negros que me devolvían mi propia mirada. No había en ellos reproche, ni rencor, aunque

tampoco podría decir que había en ellos ternura...si acaso comprensión. Y aún de eso no estaba demasiado seguro.

-Siempre creí que me vería las caras contigo en otro escenario... no sé. Distinto.

-Un buen morir honra toda una vida...dicen.

-No me refería a eso. Pero la verdad, cuando uno está tan leído, quizá de más, empieza a elucubrar sobre el *tránsito*. En un ambiente más épico, con un fuerte viento de cara, con ropa que se arremolina detrás de mí, luchando hasta el último momento mientras me río de ti, mientras te digo que finalmente me llevarás contigo pero que por todos los dioses te va a costar cara esa hazaña. Y mientras los amigos, orgullosos en ese momento, orgullosos por encima de toda tristeza, orgullosos pensando que en tu funeral dirán con la boca llena “era todo un hombre, un hombre bueno, un hombre de verdad”, te miran desde abajo, y los enemigos te observan llenos de admiración, pensando, como César “es bueno tener enemigos de los que sentirse orgullosos”... un momento épico, firmando una muerte que fuera recordada mucho tiempo después de que este armazón de huesos y pellejo fuera sólo polvo.

El calor empezaba a ser sofocante. Afuera, la tormenta, como todas las tormentas, amenazaba con estallar de forma inminente, aunque aún quedasen horas para que se vaciara...

-Y con el paso de los años te encuentras con que, tras tanto luchar por un nombre, por un recuerdo, por la fama... o al menos por la popularidad. Después de años de dejarte la piel a jirones. De dejarte jirones de alma, dando la vida en cada verso mientras el público pide siempre más. Después de hacer lo posible y lo imposible por un reconocimiento que nunca llega. De ser ignorado, cuando

no humillado. De ser apartado, preterido, postergado... Después de tanto texto memorizado e interpretado, lo único que deseas es un discreto mutis. Y que nadie te eche de menos en el escenario. Después de tantos años queriendo cambiar el mundo para que el mundo me recordara, sólo anhelo poder irme sin dejar tras de mí más recuerdo que mis pisadas... y deseando que el viento las borre pronto.

Se sentó en el sillón. El cono de luz reflejado en la mesa la iluminaba desde abajo con una suave penumbra. Una iluminación enfática que habría hecho de cualquier rostro una horrorosa caricatura. Pero no del suyo. Su cara estaba por encima de toda belleza.

El exiguo despacho no daba para grandes paseos. Deslicé el dedo por los lomos de los libros...de los muchos, de los quizás demasiados libros.

-Ya decía el Antiguo Testamento que quien añadía conocimientos añadía dolor...

Un trueno rugió a lo lejos. Ronco al principio, prolongándose en la noche y rematando su imparable *crescendo* con un chasquido amenazador.

Mi interlocutora se volvió hacia la ventana ofreciéndome su perfil exquisito, con los músculos del cuello delineándose de forma deliciosa.

-¿Recuerdas aquella escena de “La caída del Imperio Romano”? ¿Aquella en la que Alec Guinness hablaba consigo mismo sobre...

-...sobre ti.

Una fugaz sonrisa se dibujó en el rostro perfecto.

-Bravo. Por una vez te has olvidado del histrionismo. Espero que sea un precedente.

-No te prometo intentarlo. Pero intentaré intentarlo.

-Es un principio.

Otro trueno volvió a servir de contrapunto a sus palabras.

-En la película también llovía... sólo cambiaba el decorado.

Me pareció percibir cierto tono sarcástico en la frase, aunque a esas alturas ya no estaba seguro si realmente hablaba con alguien o conmigo mismo.

-Mi querida amiga, le rogaría encarecidamente que dejáramos a un lado el tema del decorado. Ni en mi pesadilla más cutre podría haber parido semejante engendro. No era desde luego mi idea del entorno ideal para que la posteridad encontrara mis despojos materiales...

Su sonrisa era ahora más franca, destacándose entre los dos torrentes de pelo negro que se desplomaban a ambos lados de su mirada...

-Vuelves al histrionismo.

-Es que me pones nervioso.

-“Confiesa que estás indefenso, Marco Aurelio”

Se levantó suavemente, sin un ruido, y fue paseando su índice a lo largo del mar de libros... hasta que llegó a mi mano. Y la tocó suavemente. No sabría describir aquella sensación. La hubiera esperado más eléctrica, más impactante, más fría en cualquier caso... y me hubiera producido menos angustia que aquella calidez amorosa que me mostraba la Muerte.

El silencio podía cortarse. Pesaba. Casi tanto como el bochornoso aire que adivinaba fuera. Un silencio que ni siquiera el eco mil veces repetido de los truenos podía romper. Me notaba la cara convertida en un puro rictus.

-“Confiesa que estás indefenso, Marco Aurelio”. Tú también creías, como Alec Guinness, que las largas horas dedicadas al estudio te habrían preparado para

este momento. Y no es así. Aquí, ahora, no puedes recurrir a una cita para racionalizar este trago.

Tenía toda la razón. Miraba las estanterías repletas, buscando un apuntador escondido entre las filas apretadas de libros. Al menos escaparía de la encerrona con elegancia. Y al fin y al cabo era ella la que había empezado con la escena...

-“¿Por qué? ¿Por qué no tratasteis nunca el limpio y puro tema de la muerte?”

Pareció con ganas de seguir la broma.

-¿Eres consciente de la trascendencia de esas palabras?

Por primera vez en aquella noche tan extraña me sentí con algo parecido a la sensación de estar seguro de algo...

-“¿No será que en el fondo adivinabais la inutilidad de la sabiduría para aclarar ese misterio de misterios?”

Puso cara de fingido asombro, enarcando hasta el infinito sus oscuras cejas...

-¿Tan misteriosa te parezco?

-Más. “Admite la trivialidad de todas las otras cosas que sabes. Admite que no vale la pena pensar, ni leer, ni hablar, ni maravillarse...”

No sé si aprendidas o aprehendidas, pero esas palabras bailaban, tintineaban, cobraban ahora un significado totalmente insospechado.

-Entonces hicimos bien olvidando la muerte. Pues si los hombres no piensan, ni leen, ni se comunican, no tienen ningún derecho ¡ninguno! a considerarse hombres...

Dicen los flamencos que después de la toná...ná. Poco más podía decirse después de estas palabras...

No pensaba así la tormenta de fuera. Como en un mal guión el final de la frase precedente fue punteado por un nuevo trueno, esta vez más cercano.

-Quizás soñaste un escenario más épico, pero no pudiste soñar una noche más romántica.

-Cierto. Romanticismo de rayos y cementerios... propongo un brindis por los poetas. Tan apegados a la vida...

-... como dispuestos a arrojarse en mis brazos.

Yo no lo habría dicho mejor...

-... o he sido realmente yo quien lo ha dicho?

Los ojos de la Muerte adquirieron una cualidad casi acerada. Extraña. Muy extraña.

-Me temo que ese es ahora el menor de tus problemas...

Las manos se me quedaron frías. Esperaba como un colegial una reprimenda brutal por una nota insuficiente.

Lentamente su mano se adelantó por encima de la mesa en mi dirección... y yo no podía dejar de mirar sus ojos... hipnóticos...profundos...

-Vuelve

Y volví. De golpe. Allí estaba ella con la botella cogida por el cuello y esgrimiéndola ante mis ojos...

-Malamente podremos brindar ni por los poetas ni por nada si la botella está vacía.

¿De qué estaba hablando?

-¿Cómo?

-La botella. Si al menos tuviera algo, aunque fuera poco, podríamos abrir una interesante tertulia sobre si está medio llena o medio vacía. Pero sin dejarnos

arrebatado por el pesimismo la botella está totalmente vacía... y tenemos un brindis pendiente.

Una persona inteligente capta la ironía. Incluso en presencia de la muerte capta la ironía.

-Por supuesto, no podría dejar a una dama con un brindis prometido.

-Y tráete otro vaso.

Me volví extrañado y la interrogué con la mirada.

-Estabas bebiendo sólo...

Riendo para mis adentros cogí el pestillo y lo giré. Oí claramente el clic del resorte y abrí muy ligeramente la puerta. Respiré hondo... y no pude salir.

-¿Qué te pasa?

Notaba las mejillas ardiendo.

-Tengo cierto reparo a salir al pasillo... la palabra justa sería decir que tengo pánico a salir al pasillo.

Eché la cabeza hacia atrás, apartando su pelo negro como ala de cuervo y riéndose con ganas. Si todas las miradas que había recibido últimamente hubieran sido como la suya, sin duda mi visitante no me parecería tan atractiva.

-¿Qué puede pasarte estando yo aquí?

La frase tenía, obviamente, más de un sentido. Pero no estaba la noche y no estaba el noctámbulo como para hacer lecturas triples en cada renglón. Dí por buena la respuesta mientras salía por el pasillo...

-Por supuesto, ¿qué puede pasarme en el pasillo si la muerte me espera en el despacho?